

# LA SOLEDAD

## Relatos cortos

María Teresa Vera Rojas (ed.)





# LA SOLEDAD

## Relatos cortos

6

María Teresa Vera Rojas (ed.)

Departament de Filologia Clàssica, Francesa i Hispànica  
Edicions de la Universitat de Lleida  
Lleida, 2021

En conmemoración del  
50 Aniversario de la titulación de Filología Hispánica  
Lleida, 1971-1972/2021-2022

Departament de Filologia Clàssica, Francesa i Hispànica, 2021

Edicions de la Universitat de Lleida, 2021

del texto: los autores y autoras

Ilustración de cubierta: Andrea de Castro

Maquetación: Edicions i Publicacions de la UdL

ISBN 978-84-9144-320-9



## Índice

Prólogo	
<i>María Teresa Vera Rojas</i> .....	7
Hogar	
<i>Alin Blanco Vandebroek</i> .....	9
La alondra (Trino de un confinamiento)	
<i>Francesc Masnou Salat</i> .....	17
Ser y desaparecer	
<i>Naima Ponte Sagués</i> .....	25
Una carta para ti	
<i>Maria Alsina Villa</i> .....	31
El museo de la soledad	
<i>Laia Pont Puiggené</i> .....	37
Violeta	
<i>Sofía Buitrago Miranda</i> .....	45
El origen de un monstruo	
<i>Desirée Robredo Luengo</i> .....	53
Comentarios del jurado .....	61



## Prólogo

“Creo que todos nos caracterizábamos por la sensación de incomunicación, insolidaridad y soledad. Más exactamente: falta de libertad”, con estas palabras Elena Quiroga describía, en una entrevista de 1983, la situación que sufrían las y los narradores españoles de la posguerra. Para Quiroga, la soledad, la incomunicación, la insolidaridad eran experiencias que definían la ausencia de libertad y el reino de la censura que definieron el campo literario español de entonces; de allí también la importancia que tuvo la soledad como experiencia de sus personajes y temática recurrente de su narrativa.

Décadas después y en un contexto diferente, marcado por la pandemia del COVID-19 y los sucesivos confinamientos domiciliarios, la soledad y sus carencias han devenido experiencias sensibles para buena parte de la juventud española.

En este contexto, con la soledad como tema central, se enmarca la convocatoria para el VI Concurso de Relatos Cortos, organizado en el curso 2020-2021 por el Departamento de Filología Clásica, Francesa e Hispánica, con el patrocinio de la Facultad de Letras, el Vicerrectorado de Estudiantes de la Universidad de Lleida y el Vicerrectorado de Actividades Culturales y Proyección. Esta convocatoria buscaba recordar la narrativa de Elena Quiroga en el marco de la celebración del centenario de su nacimiento, pero además quería ofrecer un espacio para, a partir de la escritura, repensar el significado de la soledad y de su irrupción intempestiva en las experiencias cotidianas de muchos y muchas jóvenes españoles en la actualidad, desde escenarios que convocaban la soledad como paisaje íntimo, como aislamiento impuesto o decantado, resultado de la incomunicación

del alma, pero también como iluminación espiritual, como descanso mental, como espacio propio conquistado.

En esta convocatoria el tribunal estuvo integrado por el profesor emérito de la UdL, Jaume Pont, el profesor Rafael M. Mérida Jiménez y la profesora María Teresa Vera Rojas, quienes seleccionaron los cuentos premiados de entre un total de 34 relatos originales, presentados a todas las categorías —con la excepción de aquella destinada a los y las estudiantes de movilidad, quienes no presentaron trabajos debido a las restricciones sanitarias impuestas a estos estudiantes, por lo cual fue declarada desierta.

Este volumen está organizado a partir de las diferentes categorías premiadas y recoge los relatos ganadores de las y los jóvenes narradores que respondieron a la convocatoria con distintas aproximaciones al tema de la soledad: desde la vejez, la ruptura, el duelo y la pérdida, hasta las infinitas y productivas posibilidades autorreflexivas que permite la soledad para el crecimiento personal y el empoderamiento, todo ello a partir de escrituras tanto referenciales como fantásticas y que experimentan con los géneros literarios narrativos, epistolares y dramáticos. Los títulos que lo integran —“Hogar”, “Alondra”, “Ser y desaparecer”, “Una carta para ti”, “El museo de la soledad”, “Violeta” y “El origen de un monstruo”— dan cuenta de esta pluralidad de perspectivas y del potencial creativo que define a la joven narrativa española del nuevo milenio.

**María Teresa Vera Rojas**

Departamento de Filología Clásica, Francesa e Hispánica



# HOGAR

ALIN BLANCO VANDEBROEK

PRIMER PREMIO

CATEGORÍA A: ESTUDIANTES DE GRADO DE LA FACULTAD DE LETRAS

**M**ETÍ LA mano en el bolsillo. Tal y como esperaba, encontré el tacto duro y puntiagudo de mis llaves. Acompañado del familiar tintineo, abrí la primera puerta que daba paso al portal. El ascensor estaba más allá del décimo piso. Pulsé el botón y, mientras esperaba, comencé a pensar en lo que haría al llegar a casa, siempre el mismo ritual. Subí al ascensor inmerso en mis pensamientos. Cuando metí la llave en el cerrojo, oí el ligero chirrido de la puerta y los anaranjados rayos de sol que se colaban por el ventanal de mi salón me rozaron la cara dándome una cálida bienvenida. Una vez más, me acorde de Leo, de cómo corría a recibirme nada más abría la puerta, lo contento que se ponía al verme y lo feliz que le hacía dejar atrás el silencio y las horas muertas para disfrutar de mi presencia en casa.

Respiré el aire dulzón de mi hogar, me quité el abrigo y los zapatos. Continué por el pasillo hasta llegar a mi habitación y, sin demasiado cuidado, dejé el maletín sobre la mesa. Fui al baño, me lavé las manos y la cara y me contemplé en el espejo. En mi rostro aún se apreciaban las marcas de las mascarillas que había llevado durante horas. Me alegré de poder deshacerme de ellas y dejar de sentir mi aliento empapándose los alrededores de mi nariz y boca. Me agradó la reconfortante comodidad de mi hogar, el descalzarme y liberar mis pies del lastre de mis botas, poder deshacerme del ruido y de las miradas, de la presencia de cualquier persona, ponerme cómodo y disfrutar de una cerveza fría en el sofá con los pies en alto. Clash. El frescor de la cerveza corría por mi garganta de la misma manera en la que el cansancio de mis pies se diluía de camino a mis muslos.

Dirigí la mirada hacia la ventana para contemplar cansado los últimos rayos de aquel atardecer. El sol volvía a calentarme, pero esta vez de manera más tenue. Aquella calidez chocaba primero contra mis ropas para luego llegar hasta la superficie de mi cuerpo; parecía que aquella serena energía se filtraba por mis poros cargándome de un apacible bienestar. Aquella calidez llenaba el ambiente; había silencio, pero no estaba vacío, era una calma llena, saciada, reconfortante.

Estiré el brazo para alcanzar mi novela. La abrí por el lugar que me marcaba el separador y retomé mi lectura. Apenas llevaba cinco minutos leyendo cuando un personaje me recordó a Elena. Una punzada de melancolía irrumpió mi sosiego. La echaba de menos. Hacía ya varios meses que se había marchado a Barcelona para cubrir una baja en un hospital. Nos seguíamos escribiendo a diario, los mensajes de buenos días y buenas noches nunca faltaban, también nos llamábamos varias veces a la semana para ponernos al día. Pero, aun así, era inevitable sentir que ya no formábamos parte de la vida del otro de la misma manera en la que lo hacíamos antes.

Afloraban los pequeños detalles del día a día, justamente los que solía pasar por alto: el llegar a casa y ver su cara, su cuerpo, hablar con ella de temas intrascendentes, de las novedades del día, elegir lo que prepararíamos de cena, escuchar el revoloteo de su presencia moviéndose de un lugar a otro de la casa... Y el hecho de que también se hubiera llevado a Leo acentuaba aún más mi desconsuelo.

Las primeras semanas desde que se marchó fueron livianas, diría que incluso aliviaron los pequeños roces que estábamos teniendo a causa de la convivencia forzada y otros trastornos de la pandemia. Después de casi un mes sin vernos, Elena vino un fin de semana y fue uno de los momentos más especiales que hemos vivido en los últimos años de nuestra relación. El habernos echado de menos hizo que volviéramos a sentir ese profundo vínculo que tanto nos unía, un sentimiento tan intenso como el del enamoramiento, pero aún más fuerte, con la seguridad y la solidez de conocernos al detalle. Sin embargo, ahora, con las restricciones que no paraban de endurecerse, nos era imposible vernos. Menos mal que desde el hospital

parecían no darle señales de querer contratarla una vez finalizara la baja, así que esto sería algo temporal. O, al menos, eso creía yo.

Desistí de mi lectura y le mandé un mensaje preguntándole cómo estaba y qué tal había pasado el día. Pensé en llamar a algún amigo para tomar algo, pero rápidamente recordé que esta semana habían cerrado temporalmente los bares, así que, con un gesto de indiferencia, me dirigí a preparar la cena. Puse un poco de música y saqué algo de picoteo para acompañar mi labor. Disfrutaba cocinando, siempre lo había hecho. Incluso antes de dejar la casa de mis padres, ya cocinaba para mi familia, no porque fuera necesario, a mis padres no parecía molestarles hacerlo, sino simplemente por gusto. Abrí el frigorífico para observar la infinidad de posibilidades que se albergaban en él, me detuve unos instantes para descifrar los deseos de mi apetito y me puse manos a la obra. Me deslizaba de un lado a otro de la cocina al ritmo de la música: coge la sartén aquí, el aceite allá, mete esto en el microondas, vuelve para dar unas vueltas a esto otro... También mis manos bailaban, pero estas no lo hacían solas, sino acompañadas de los diferentes utensilios: con el cuchillo cortaban y picaban a un ritmo ágil, con un repiqueteo que recordaba al taconeo propio del flamenco más enrabietado, y con la cuchara removían el contenido de ollas y sartenes con movimientos suaves y elegantes similares a un vals.

Desde la cocina, yo ocupaba todo el espacio de mi hogar: la música y mi alboroto llenaban todos los rincones del apartamento, disfrutaba de poder ocupar todo ese lugar, de poder moverme y ser sin la mínima alteración que supondría la presencia de otro individuo, porque bien es sabido que nunca se baila, se canta y se disfruta de la misma manera cuando uno está solo que cuando se sabe acompañado. Hay una cierta responsabilidad, cierto respeto, comprender la presencia de la otra persona, una coexistencia. Al estar en soledad no se busca respuesta alguna sino la sincronía (o incluso asincronía) de nuestro propio ser. Después de más de dos horas de aquel festival de música y baile, me senté, por fin, a disfrutar del resultado de mis acrobacias. En la enorme mesa solo estábamos mi plato y yo. Tomé el primer bocado inspirando el aroma de la comida y disfruté con calma de su gusto llegando a cada recoveco de mi boca. Había sido divertido y

además me había quedado delicioso. Pensé en el caos en el que se había convertido mi cocina durante todo el proceso. No me importó, no sentí angustia ni desgana, sino todo lo contrario, me sentí aliviado de no tener que responder a ello de inmediato como lo hubiera hecho de estar Elena o cualquier otra persona en casa.

Estaba acabando mi cena cuando escuche el móvil vibrar en la mesita del salón. Me levanté a por él. Era Elena, que acababa de leer mi mensaje y, aprovechando un descanso, había decidido responderme con una llamada. Pasamos algo más de diez minutos al teléfono. Ella me contaba su día sin gran detalle y yo a ella el mío. No me importó lo insustancial de la conversación, me agradaba escuchar su voz y compartir algo similar a lo que hace unos meses era nuestra rutina. Colgamos el teléfono con la promesa de vernos pronto, pero sin sentir una sólida necesidad de cumplirla. Nos echábamos de menos, aunque, al mismo tiempo, ambos disfrutábamos de esta etapa de nuestra relación: ella, por fin, volvía a ejercer la profesión que tanto amaba, y yo dedicaba a mi investigación más horas que nunca, lo que me había conducido a lograr grandes avances. Los dos nos sentíamos realizados y sabíamos que, aunque no nos encontráramos físicamente juntos, estábamos ahí para el otro. Me parecía de una gran intimidad y confianza ser cómplices en el curso de nuestros propios caminos, cada uno en su propia dirección.

Recogí mi plato y me levanté. Arreglé la cocina un poco y decidí ver una película. Encendí el televisor y me recosté en el sofá. Me gustaba ver películas en compañía, pero hacerlo solo era otra experiencia, me dejaba llevar mucho más, la disfrutaba más. Elegí una que Elena me había recomendado. Disfruté de la película acobijado entre mantas y mullidos cojines. El film no me defraudó. Elena estaba en lo cierto, era ese tipo de películas que no solo disfrutaba viéndolas, sino sobre todo reflexionando sobre ellas después.

Me dispuse a acostarme mientras desarrollaba en mi cabeza varias conversaciones sobre los temas que traba la película. Ya en mi cama, apagué la luz y cerré los ojos. Intenté detener o, al menos, ralentizar mis pensamientos. Me concentré en mis sentidos: las sábanas aprisionando ligeramente mi cuerpo, mi cabeza recostada en la almohada sintiendo el tacto del

algodón en la mejilla... De repente, fui consciente del tiempo que había pasado sin tocar o abrazar a otra persona. El último recuerdo que tenía era justamente el de aquel lejano fin de semana con Elena. Todas aquellas medidas de higiene y seguridad habían llegado a modificar mis propias necesidades. No solo me parecía increíble haber pasado tanto tiempo sin sentir un cuerpo que no fuera el mío, sino que también me sorprendía no haber sido consciente de ello hasta pasado tanto tiempo. Adquirí nuevos hábitos sin prestar especial atención y no reparé en la ausencia de contacto. Sin darme cuenta, había hecho mía esa soledad, la había conquistado y había llenado su espacio con otros sentimientos.

Al darme cuenta de ello, un torbellino de emociones se apoderó de mí. En mi mente no paraban de sucederse imágenes y sensaciones de mis seres más queridos. Riéndome con mi padre en la cocina, cómo él apretaba mi hombro cariñosamente mientras me miraba con una carcajada en la boca; los largos abrazos de despedida cuando veía a mi amiga Ana; el posar mi mano sobre el hombro de mis compañeros de laboratorio cada vez que les oía resoplar de exasperación; las manos frías de Elena sobre mi nuca cuando nos abrazábamos, el peso de su muslo contra el mío al estar sentados en el sofá, el tacto de su pelo, la respiración de su cuerpo cálido cuando la abrazaba cada noche antes de quedarnos dormidos... Ahora que me había hecho consciente, todo el peso de aquel vacío me cayó de pleno. Un hueco grande se abrió en mi pecho y comencé a sollozar como tratando de llenarlo de aire. Me sentí solo, abandonado, como si todo lo que me rodeara solamente fuera vacío, como si nada de lo que existiera realmente estuviera ahí, como si me encontrara en el espacio. Esa noche no conseguí conciliar el sueño y me desperté abatido. Sabía que, a partir de ese momento, ya no podría ignorar aquel hueco y que el anhelo de que todo volviera a la normalidad no haría otra cosa que crecer.





LA ALONDRA  
(TRINO DE UN CONFINAMIENTO)

FRANCESC MASNOU SALAT

SEGUNDO PREMIO

CATEGORÍA A: ESTUDIANTES DE GRADO DE LA FACULTAD DE LETRAS

¡QUÉ PLACER esta brisa que me limpia la cara! Casi parece que me quite años de encima. No voy a cerrar la ventana, no. Si la cierro seguro que vuelvo a mis cuarenta y... ¡no! Que entre el buen tiempo. Y, si quiere, también esa alondra que curioseosa mientras espera a sus hermanas del norte. Siempre he querido volar. ¿Qué no daría por tener alas? Acaso solo una... chiquitita, de quita y pon. ¿Tanto pido? Dime. ¿Tanto pido en verdad? Siempre fui una egoísta; me lo reprochaste tantas veces... “Eres una puta egoísta”, decías. Y yo te mandaba a la mierda; y luego tú... ¡el portazo!, y yo caía rota en la cama y lloraba y lloraba. Nada tuyo conservo, ¿sabes? Ni esa cadenita bañada en plata que me regalaste de novios (cuando aún me querías), ni las cartas que enviabas a centenares desde el Sahara cuando la mili, ni el perro callejero... ¿cómo se llam...? ¡Ah!, sí: Kaios. Lo trajiste a casa porque te daba pena su cojera. Y esas sábanas blancas en las que me envolvías en las noches frías y ardientes: ya no están. Nada, nada guardo. Solamente esta voz que me incrimina y me flagela, la cual ya no sé si es tuya o mía. Tal vez sea de esta avecilla que aguarda sola sobre la delgada rama. Mírala: tan frágil... pero tan libre. Ella no necesita abrir una ventana para que le dé el cierzo matinal. No precisa de un marco para ver pasar la vida. Ella espera —se alza— se va: yo espero... ¡espero y desespero!

Oigo voces. Ah, claro, los chiquillos de Remedios. Siempre juntos ellos. Se asoman, un rayo de luz les golpea la frente y ¡hala! a correr por ahí. Ese sol de la infancia que decía el poeta... ¡Cómo les gusta el verano! Sin escuela, sin responsabilidades: todo es alegría. Tienen suerte de vivir en este pueblo: corren a sus anchas, brincan, caen y se pelan las rodillas, se levantan

tan y vuelven al jolgorio. Gozan de tiempo para todo porque no lo miden, aún. Y sí, intuyen que el mundo está revuelto, pero en sus cabecitas todo esto tiene más de aventura que de realidad. ¿Cómo era esa canción? Na, na, naaaa... Un cariño en la miraaada, un paisaje en el beeso, el sentido de la viiida, la aventura del amooooooor. Hace tiempo que no bailo. ¿Con quién voy a bailar? Los cuadros se reirían de mí, la escoba no tiene curvas, bailar sola es lo más triste de este mundo. Prefiero mirarte a ti, alondrilla. Llevas unos buenos zapatos y tienes la gracia en la sangre. ¿Qué es eso? ¿Un vals? ¿Un pasodoble? Ha, ha.

—Qué contenta te encuentro por la mañana, hijita.

—Buenos días, señora Rosa. No la había visto venir.

—Pasé por casa de Ángeles y me dio estas lechugas. ¿No querrás un par?

—Deje, deje. Cómaselas usted que tienen un verde fantástico. Gracias.

—Como quieras. Y no acapares todo el sol mañanero, niña.

—Lo procuraré, pero no le prometo nada.

A sus ochenta y muchos años y parece una flor. ¿Le vendrá por el nombre? A ella también se le murió el marido hará... ¿cinco años ya? Lo debió pasar mal. Toda una vida juntos y ahora... Pero nunca la he escuchado quejarse. Camina todos los días, va a comprar el pan, se hace la casa ella solita y tiene la cabeza como un cielo despejado. ¿Dónde hay que firmar? Mmm... ahora que lo pienso, tendría que cambiar el perchero y la estantería del cuarto. María me dijo que el *feng shui* le ha solventado la vida, pero yo a ella no la veo mejor. Antes que cambiar el color de las cortinas debería renovar esos modelitos que me lleva. ¿Se cree que estamos en los noventa todavía? Me tiene que contar lo del chico ese que conoció. Bueno, un chico de casi sesenta años, todo sea dicho. “El internete ese: mano de santo. Allí hay de todo para todos. ¿Por qué no lo pruebas un día? Quién sabe si...”. ¡Yo lo sé! No tengo el cuerpo para tonterías. Estoy bien así: hago lo que quiero y nadie me molesta. Además, ¿qué dirían esas lagartas? “Mírala, le ha faltado tiempo”. A lo mejor sí que estaría bien traer a alguien, pero solo para ver cómo se sulfuran de la envidia.

Corre el aire, pero no hace frío. ¿Salgo a caminar? Hoy no me apetece. Estoy a gustito aquí, en mi balcón; nadie me alcanza. El viento sí. Solo el

viento. El olor a sal no llega hasta este valle (demasiado lejos, demasiado hondo), pero sí que noto en la lengua cierto sabor a resina, a lavanda, a cloro de piscina, a... ¿qué es esto? Sí: a uva madurando. Y vienen. Vienen gentes que no he visto jamás. Gente que no ha construido nada aquí, que trastoca, confunde y corrompe nuestras palabras y nuestro mirar, y aun así quieren su porción de paisaje, ese refugio seguro que no les da la capital: quieren una Arcadia que no es tal. Miran al pueblo como quien mira una figura de cera: una simulación de la vida real; como algo bien adecentado, aunque frágil, presto a arder al primer descuido. Y escupen sus opiniones y sus quimeras. Y se tocan el corazón mientras hablan. Y señalan. Y gritan como si fueran siempre carnavales. Y ríen... y dan vida. Una vida que yo no quiero, que no he pedido. “No te gusta nada, no te gusta nadie”, me regañabas. Me acuerdo bien, mamá. Y, sin embargo, tú también te quedaste sola al final. Te caía bien todo el mundo y te quedaste sola: sin marido, sin hijos, conmigo. ¿Qué pensarías de mí ahora? Acaso te reirías; acaso lo comprenderías. Te caía bien todo el mundo menos... “¿Por qué no vuelas, pajarillo?”. ¡Tsk! ¿Adónde voy a volar, mamá? Lo más lejos que he llegado es aquí: en este balcón con este airecillo que, si cierro los ojos, me permite volar. Ya lo ves, mamá: otro simulacro de vida.

Nunca te gustó Jaime. Ni a ti ni a papá. Pero él me regaló unas alas nuevecitas. Claro, teníais razón, como siempre; pero, aunque al final esas alas fuesen de piedra, creo que fui feliz mientras no las palpé. ¡La ignorancia todo lo puede! Y si no, mira esta alondra (¿aún sigue aquí?). Mírala. ¿Qué sabe ella? Es puro instinto: come, vuela, se reproduce por instinto. Nada más. No se cuestiona si este es el mejor árbol para esperar a las de su especie. Algo en su interior se lo dice, sabe de algún modo que vendrán a ayudarla con su viaje. Yo solo quería un abrazo. “¿Por qué no vuelas...?”. Yo solo quería...

—¡Dios mío! ¿¡Pero qué hacéis, brutos sin alma!?

—Ha sido sin querer. Estaba tan quieta que quisimos asustarla un poco. Pero el viento...

—¡No quiero excusas! Y no la toquéis; ahora bajo.

¡Malditos críos! ¿Por qué no tirarán piedras contra su casa? Estará muerta seguro. El ruido que ha hecho... ¡Malditos críos! Como incordian en casa, Remedios los echa a la calle y luego pasa lo que pasa. ¿Dónde está la llave? No está colgada... Ah, en la cerradura. ¿Por qué la dejé ahí? ¿No cerré anoche? ¿Y si hubiera entrado alguien? Estando yo sola...

—¡He dicho que la toquéis!

—Pero Ana, nosotros solo... saber...viva.

—Ahora no me llores tú. Dejadme ver. Mueve las alas. La pata, claro. Necesito...

—Marcos, entra en la casa y tráeme algún bastoncito pequeño que hay junto a la leña y algo de tela que encontrarás al fondo, en el armario grande. Y tú, Toño, sujétala suavemente mientras yo le entablillo la pata. ¿Entendido?

—Sí. Voy.

Vive. Vive. Si no te encuentran en tu rama seguirán el viaje sin ti. No te necesitan, pero tú sí que las necesitas a ellas. Sois un todo que surca los cielos, buscando siempre el calor. Vive. Este golpe no es nada. Vive y sigue volando.

—Aquí tienes lo que pediste.

—Gracias. A ver... no la aprietes tanto, Toño. Ahora con firmeza le coloco el hueso... rompe un trocito de esta tela, Marcos. Bien, dámela. Así... de acuerdo. ¿Por qué cierras los ojos, Toño?

—Es que respira muy fuerte.

—Da gracias a que respire. Y si te sientes mal por ello, mírala a los ojos y pídele perdón.

—Perdona...

—Bien, bien. Listo. Esto debería bastar.

—¿Ya está curada? ¿Ya puede volar?

—Todavía no. Necesita reposo. ¿La queréis cuidar vosotros? ¿No? Sería lo justo. En fin, me va a tocar a mí por lo que veo.

Y se van corriendo como si nada; no miran atrás. Otra anécdota para contar. Pero cuando tú estés curada, ellos ya te habrán olvidado. Supongo que es ley de vida. Vámonos arriba: te voy a enseñar el pisito. Es pequeño,

como tú; pero tiene un balcón, y dos camas y... ¡no tengo jaula! Bueno, voy a hacerte con estas manitas una habitación de cartón para ti sola, ¡ya verás que bien! Luego te voy a tender al sol, en el mismo balcón en que nos conocimos. Así podrás saludar a la gente y a tus amigas. Y cuando te sientas con fuerzas podrás irte, volando, sin darme las gracias... si quieres, claro. Sí, cuando te sientas con fuerzas volverás a tu vida.





# SER Y DESAPARECER

NAIMA PONTE SAGUÉS

PRIMER PREMIO

CATEGORÍA C: ESTUDIANTES DE 1º Y 2º DE BACHILLERATO Y CICLOS  
FORMATIVOS

¿ALGUNA VEZ te has ahogado? Esa sensación de no poder respirar, de no saber cómo actuar y de no entender nada. Es una sensación abrumadora en su inicio, no puedes ni pensar, tragas agua sin parar y te mueves de un lado a otro sin sentido. Haces lo que sea para salvarte, intentas chillar, pero así pierdes energía, saltas hacia arriba, pero las olas te devuelven al interior de ese sitio oscuro y tenebroso. Entonces llega la segunda fase, la peor para mí, cuando te das por muerto. En este momento, vale más la muerte que la vida, tu mente te traiciona y poco a poco se va apagando, dejas de luchar, de saltar, de chillar, de querer vivir. Te quedas inmóvil, flotando en el agua que a cada segundo te congela más por dentro y cada vez te aleja más de tu ser. Dejas de ser tú mismo y ves cómo te alejas de tu vida, de tu familia, de tus sueños y de tu futuro. Y entonces ahí es cuando desapareces.

Pocos han vivido esto y han llegado a contarlo, muchos han muerto. Algunos han sobrevivido, pero el recuerdo de su sufrimiento los ha acabado matando. Sé de alguno que pudo seguir con su vida, aunque nunca volvió a ser el mismo. Y, por último, estamos los que acabamos como yo, dormidos en un frío hospital, sin poder movernos, sin poder hablar, solo escuchando a quien pasa a nuestro alrededor sin ni siquiera poder demostrarles que los oímos, que estamos aquí.

Eso es, yo soy de esos que, después de separarse de su cuerpo, lo salvaron y revivieron, pero que no fueron capaces de despertar. Yo estoy en coma.

Sé que, si os preguntara, me diríais que nunca os faltaría tiempo para visitar a un ser querido en el hospital, todos me diríais que nunca dejaríais

de hacerlo, que fuese como fuese le transmitiríais vuestro amor y apoyo siempre que pudierais, y, en parte, no estaríais mintiendo.

Cuando vives por primera vez una situación así, la de tener a un ser querido en un hospital, de que a alguien a quien quieres le haya sucedido algo malo, lo primero que haces es derrumbarte, son las fases del duelo: te derrumbas, lo niegas, te enfadas y así hasta que lo aceptas, aunque, claro, en cada persona es diferente.

Lo que sí que se repite siempre son las visitas casi diarias. Cuando te pasa algo así visitas el hospital cada día, no quieres que tu ser querido se sienta solo, quieres que sepa que estás ahí y que se sienta querido, y te juro que lo hace. Esos primeros días te sientes como el rey, como si el mundo parase para ti, estás rodeado de gente que te quiere, se preocupa por ti y que te cuida; es como deben sentirse los recién nacidos, en una burbuja de atención que parece que nunca vaya a estallar.

Pero, al cabo de unos días, el mundo vuelve a girar y esas personas tienen que volver a su ciclo, a su rutina, a su vida. Y entonces, estalla. No te voy a mentir, duele, duele mucho, es como volver a ahogarse; primero no entiendes nada, chillas y saltas para llamar la atención, intentas salvarte de esa sensación de vacío que sabes que se avecina e intentas sobrevivir, lo intentas con todas tus fuerzas, desde lo más profundo de ti. Pero entonces te das cuenta de que es inútil, que nadie te ve ni te escucha y aquí es cuando te derrumbas y te dejas ir, no te esfuerzas y simplemente te dejas ahogar, dejas de tener el papel protagonista y pasas a ser un mero espectador. Es igual que ahogarse, aunque, claro, todo pasa más despacio.

La gente no desaparece de tu vida de un momento a otro, pero esto no hace que duela menos, en realidad duele más.

Los primeros días ni te das cuenta de que falta alguien, pasa desapercibido entre el resto de las personas que te siguen dando su amor, pero van pasando los días y cada vez vienen menos, aunque lo percibes, no eres capaz de aceptarlo, más bien, no quieres aceptarlo, porque sabes que en el momento que de verdad te toque asimilarlo dolerá mucho, sabes que será lo más difícil que tendrás que hacer en toda tu vida y por eso lo aguantas hasta que revienta, hasta que sea tan grande y evidente que tengas que enfrentarte a ello.

Recuerdo perfectamente cuando me pasó a mí. Era un martes al mediodía, por aquel entonces ya solo venía mi hermana, los martes, a comer, y algunos otros familiares, por fiestas. Yo esperaba a mi hermana expectante para que me contase las novedades en su vida, las historias con mi sobrino y su mujer, pero realmente la esperaba para escuchar su voz y permitirle entrar en mi subconsciente y llegar a mi corazón, para traerme los mejores recuerdos de mi infancia vividos con ella, eso era lo único que me mantenía vivo, ella era la razón por la que mi soledad aún no se había desbordado, la razón por la cual no había estallado. Pero ese martes por la tarde no apareció, yo mantuve la esperanza hasta pasadas las cinco, momento en que vino Marta, una enfermera que me había ayudado mucho y que había establecido una fuerte relación con mi hermana. Me vio desde la puerta, me miró triste y me dijo: “Tranquilo cielo, es lo que pasa, al final cada uno ha de seguir su camino”.

Fue aquí donde yo estallé, me invadió un sentimiento nunca antes experimentado, sentirse solo, muchas veces en mi vida había dicho eso de ¡qué solo estoy! O el ¡por qué no me quiere!, pero nunca lo había sentido de verdad. Suena a tópico, pero realmente es como sentarse solo en una habitación a oscuras, no hay nadie a tu alrededor, pero lo peor es que cuando intentas pensar en alguien que te haga feliz, en alguien en quien te puedas apoyar, por mucho que te esfuerces eres incapaz de encontrar en tu mente alguien así. Ya no es el no tener a nadie físico o con quien hablar, sino que es el hecho de no sentirse querido, aceptado o apoyado por nadie.

El dolor no pasa con el tiempo; al avanzar los días, el dolor sigue intacto en tu corazón, te hierve por dentro y eso te supera. Te juro que yo intenté entender a las personas de mi alrededor, lo intenté tanto como pude, yo quería empatizar, quería comprender su forma de actuar para así aliviar un poco mi dolor, pero, por más que lo intenté, mi corazón era un puño cerrado que no se iba a abrir.

Un día vino mi hermana, era un día normal, se suponía que tenía que estar trabajando, entró en la habitación y se sentó conmigo, me saludó y me habló un rato hasta que mi doctora llegó. Ella se levantó y se fueron juntas a hablar. Al volver, mi hermana lloraba, aunque lo intentaba ocultar,

me dio un abrazo y me dijo que en unos días los volvería a ver a todos y se fue. No entendí nada y, por supuesto, me quedé preocupado, pero una pequeña llama se volvió a encender en mi corazón al oír que vendrían todos. A algunos de ellos no les veía desde hacía años y me ilusioné un poco.

Pasó la semana y el domingo por la tarde llegó mi familia, estaban todos, como el primer día, los niños estaban raros, hacían preguntas extrañas como: “¿Le va a doler?”. Los adultos por su parte estaban en un silencio sepulcral, de esos que más bien aterran.

Llegó el doctor y dijo que era la hora, todos se helaron de repente y alguno echó a llorar, el doctor cogió una aguja como las que te ponen para inyectar suero, se dirigió a mi hermana y le preguntó si estaba preparada, ella, a punto de llorar, me cogió la mano y me dijo: “Siento no haber podido hacer más, ahora solo puedo desearte lo mejor allá a donde vayas, que seas feliz y que por fin te encuentres en paz. Gracias por haberme dado los mejores años de mi vida, increíbles, pero demasiado cortos, espero que en otro mundo, en otra vida, en otro universo, podamos acabar de vivir todas las aventuras que siempre imaginamos. Te quiero hermano”.

Me dio un beso y se puso a llorar, mi tía sacó a los niños fuera y el doctor me puso un tubo por la aguja que tenía en el brazo. Dijo que tardaría unos quince minutos y que él se iba fuera, que les daba el tiempo que necesitaban y luego lo llamasen.

Los demás permanecieron quietos, expectantes, observando, mientras yo moría, mi mente se evadía y se separaba de mí, pero no como cuando te ahogas, es muy diferente, esta vez me marchaba en paz, me separaba de mi ser sintiéndome pleno, sintiendo que la vida que dejaba era la vida que había vivido, y que, a pesar de todo, lo había hecho lo mejor que sabía.

# UNA CARTA PARA TI

MARIA ALSINA VILLA

SEGUNDO PREMIO

CATEGORÍA C: ESTUDIANTES DE 1º Y 2º DE BACHILLERATO Y CICLOS  
FORMATIVOS



SOLA. ACOMPAÑADA por la nada y el silencio, por los ruidos de la casa y mis pensamientos, nuestros recuerdos. Sola. Comiéndome la cabeza pensando en cualquier cosa o persona que me haga sentir que no solo estoy yo. Sola, sin ti, sin nadie, hasta sin mí. Con la compañía de la vida y de los recuerdos que me dejaste. Levantándome cada mañana pensando en ti, en que te fuiste y no pude decirte adiós. Me siento vacía, apagada, sumergida en un dolor profundo y es que nadie me había dicho que la soledad doliera tanto.

Solo me queda recordarte y pensar en todo lo vivido porque, aunque lo pienso con lágrimas, recuerdo lo feliz que fui a tu lado. A tu lado, ese sitio tan agradable que era mi casa, mi bienestar, mi refugio, tus abrazos, tu sonrisa, porque tú eras ese hogar que echaré de menos y que no se puede construir.

Pero es que, abuelo, la soledad que me invade no impedirá que te piense día a día y no vas a caer en el olvido porque te seguiré cogiendo de la mano, a ti, y a todos los recuerdos en los que apareces tú. Me acordaré de cuando me sonreíste, de cuando aprendí a montar en bicicleta (sin la coma) y me mirabas, orgulloso de tenerme. Recordaré los días de lluvia en los que nos sentábamos delante del televisor, uno al lado del otro, juntos, mirando cualquier programa que nos mantuviera unidos un buen rato. Recordaré todos esos momentos en los que éramos tú y yo contra la vida, descubriendo cualquier cosa nueva y caminando juntos en paradero desconocido. Tú y yo, pero ahora solo yo. Pensaré en esos días en los que me mirabas y te perdías en mis ojos, en todos esos abrazos que ya no me puedes dar y en

toda la vida que me has quitado al haberte ido. Recordaré cuánto te gustaba tu jardín y tus flores, y cómo las querías, cómo me querías a mí. Tendré siempre en mente todo lo que me enseñaste para ser como tú, para vivir bien con los demás y que me quieran y me acompañen, para no quedarme nunca sola. Pensaré en ese día en que nos fuimos a la playa, me enseñaste a pescar y estuvimos un buen rato cantando canciones que ahora no puedo continuar sola porque me pesan las palabras más que nunca. Y me vendrán a la cabeza esos veranos en los que cogíamos el coche y me llevabas lejos a explorar el paisaje y a investigar, siempre juntos, cogidos de la mano.

Y, abuelo, prométeme que te acordarás de mí, de tu compañera de vida y de paseos, de tu compañía de todos los días y de la que siempre permanecía a tu lado, admirándote y queriendo ser como tú. Acuérdate, abuelo, de cuando nos sentábamos a dibujar juntos y nos reíamos porque no te dibujaba bien, y me enfadaba y sonreías y me abrazabas y es que tus abrazos son lo que más de menos voy a echar porque la soledad no sabe dárme los. Porque sabes, abuelo, tú y yo no solo nos hemos querido mucho, sino que nos hemos querido bien. Quiero que sepas que seguiré sentándome en nuestro banco, ahora medio vacío, y miraré al cielo para verte, para tenerte otra vez, para que me acompañes y para que me sigas queriendo. Tengo nuestra foto, y me hace sentirme contigo de nuevo y siento que te tengo cerca, aunque ya no estás aquí. Y es que la vida se va deprisa y no avisa, te quita de las manos lo que más quieres sin darte cuenta y, cuando te has percatado de que no está, es demasiado tarde para pedirlo.

También, acuérdate de cuando íbamos juntos a la piscina y echábamos carreras para ver quién era el más rápido y siempre te ganaba, pero, alguna que otra vez, te dejaba ganar porque te lo merecías. Me acordaré también de los días en los que nos íbamos a pasear por caminos infinitos y me explicabas historias muy extrañas, pero que te gustaban mucho; luego me cogías en brazos y continuábamos así. Pensaré siempre en los lienzos que pintabas, porque el arte era tuyo y, por suerte, lo has compartido conmigo. Ese arte que hace ver la vida más bella, desde un punto de vista que solo tú y yo podíamos entender, ese arte que te agradezco que me hayas enseñado porque será mi única salida para escapar de la soledad. No te olvides de

esos momentos, abuelo, y no te olvides de mí, ya que eso me dolería más que el hecho de que te hubieras ido. Ahora me tocará cantarle canciones al viento, agarrarle la mano a la oscuridad, leerle al silencio, reírme de lo que me cuentan los recuerdos y echarte de menos porque me has dejado con la soledad. Porque tú y yo, ayer, fuimos un nosotros, pero, ahora, solo soy un yo porque la vida no ha dejado que seamos un nosotros para siempre.

Pero no puedo terminar sin darte las gracias, gracias por todo lo que me has dado y por no habértelo llevado contigo, por haberme dejado una parte de ti para recordarte de nuevo. Y gracias por todas las sonrisas que me has dedicado, por todos los besos que me has dado y por darme tanto cariño que ahora, sola, noto aún más que me falta.

Te confieso que la soledad no me gusta, no me escucha, no me habla, no me entiende. A veces hablo sola y dejo mis palabras en el aire esperando que alguien las escuche y me pueda responder. Sabes, abuelo, es difícil vivir así, sin nadie con quien hablar ni comunicarte, sin nadie a quien abrazar y sin nadie a quien querer. Pero la soledad no es tan mala porque hace que no tengas más remedio que empezar a escucharte a ti mismo, porque no tienes a nadie más y lo único que puedes hacer para sentirte un poco acompañado es empezar a encontrarte y a comunicarte con tu interior, es decir, hace que te des cuenta de que, aunque estés solo, no lo estás, te tienes a ti y, al fin y al cabo, tú nunca te vas a dejar solo.

Y espero contarte de aquí a un tiempo que he vuelto a ser feliz, que la soledad ya me quiere, que he aprendido a vivir conmigo y a escucharme, a quererme y a desengancharme de ti. Y es que, abuelo, quiero aprender a continuar la vida sin tu compañía y a vivir con la soledad y te prometo, por mí, por ti, por lo que me has enseñado, que no te voy a olvidar nunca; la soledad no va a obligarme a hacerlo.

Y te cuento todo esto porque sé que tú, allí donde estés, debes sentir lo mismo, pero déjame decirte que le hables al viento y grites todo lo que sientes, porque puede que el viento siga su curso y tus palabras puedan llegar a mí. Y es que, abuelo, aunque la soledad sea triste y no te conteste, tampoco te calla, así que háblame, háblame como si volviéramos a estar juntos de nuevo, como si la vida nos hubiera regalado una segunda oportu-

nidad, háblame y dedícame las palabras como si fuesen las últimas que me pudieses decir. Porque yo te hablaré y te diré cada día todos los te quiero que me han faltado por decirte. Y puedo asegurarte que te voy a querer ahora, contigo, mañana, sola y sin ti porque, abuelo, la soledad no me va a querer nunca como me quisiste tú.

Termino esta carta y, aunque no te llegue, yo ya he dejado ir todo lo que tenía dentro y todo lo que me había quedado por decirte. Me entristece que la vida nos haya separado y nos haya dejado solos a ambos porque, abuelo, no solo te has ido tú de mi vida, yo me he ido de la tuya también. Pero, aunque te recuerdo con lágrimas, son lágrimas de alegría porque he tenido la suerte de conocerte y de acompañarte un tramo de esta vida. Y me reconforta pensar que, aunque estés solo ahora, estarás bien y feliz, porque me verás, y aunque me veas sola y triste, yo voy a intentar estar bien y voy a hacer que seas el abuelo más feliz del mundo. Porque, abuelo, tú me enseñaste lo que era la vida y ahora me toca vivirla sin ti.

# EL MUSEO DE LA SOLEDAD

LAIA PONT PUIGGENÉ

PRIMER PREMIO

CATEGORÍA D: ESTUDIANTES DE 3º Y 4º DE LA ENSEÑANZA SECUNDARIA  
OBLIGATORIA

## Acto I

PODÍA OÍR los murmullos tras ella, el sonido de esas mujeres de tez pálida y abrigos coloridos charlando sobre sus vidas sin la más simple expresión.

Llevaban esas *máscaras* colgando en sus manos, como si tan solo fueran un adorno prescindible o bien un escudo de fuerza suficiente para hacer su función con solo rozarlas. Para Eloísa eso era un acto que, además de temerario, le resultaba absurdo.

Esa mujer de ojos grisáceos y manos temblorosas estaba harta de ver a “descerebrados” tomándose aquel riesgo como un juego infantil; caminando cerca de ella sin siquiera tener en cuenta sus miradas recelosas pidiendo distancia o sus intentos vanos por pedir un poco de respeto en el asiento del metro.

Estaba empezando a acostumbrarse a aquellas actitudes, sin embargo, al encender el televisor para callar ese constante silencio, se odiaba a sí misma por tan solo plantearse dicha aceptación.

A esas horas de la mañana, a pesar de la poca gente que acompañaba sus pasos, seguía sintiendo esa necesidad constante de llegar a casa. Se denominaba a sí misma cobarde por aquello, pero a la vez inteligente por aceptar esa cobardía, pues solo era necesario echar un vistazo a la gente para comprender lo merecido que era aquel temor.

Tenía la imagen de esas mujeres en su mente mientras abría la puerta y dejaba las bolsas en la entrada. No podía olvidar esa actitud y, cuanto

más pensaba en ellas, más dudaba si se debía a irresponsabilidad o simple ignorancia.

Al aceptar que no encontraría respuesta a dicha pregunta, simplemente se quitó la *máscara* de tela de su rostro y se detuvo un instante frente al espejo.

Siempre había tenido una piel delicada y ahora, con la vejez, las rojeces en su rostro habían aumentado ligeramente; era un hecho que el llevar ese *bozal* sobre sus mejillas no la ayudaba en nada.

Eloísa se lavó sus manos con los restos de aquel jabón que aún le eran servibles y, tras colocar todos los productos en los armarios de la cocina, se puso una de esas camisetas holgadas que tanto le gustaban y bajó hacia el sótano.

En las películas de terror la palabra “sótano” siempre era sinónimo de monstruos y asesinos; pero, por suerte, en este caso era todo lo contrario. Al bajar esas escaleras, no era un rincón frío y oscuro lo que encontrabas, sino más bien un pequeño escondite sacado de un libro de magia.

Aquella pequeña habitación, de luces tenues y decoraciones cálidas, era el pequeño taller de la mujer; ese rincón en donde daba vida a esos trozos de arcilla que contaban sus historias y recuerdos. Eran tantas las memorias que ese lugar relataba que la mujer había empezado a llamarlo su pequeño museo, uno en donde toda su vida estaba contada en piezas para armar un gigantesco puzle con todas sus vivencias.

El recuerdo que más amaba aún seguía adornado por esas luces rosadas, envolviendo el rostro de su marido que la miraba con ternura mientras ambos bailaban.

Con ojos nostálgicos, Eloísa apartó la mirada de Alfonso e, ignorando las ansias que tenía por verlo de nuevo, empezó a andar hacia la mesa central con esos dos paquetes de arcilla que sujetaba como una niña pequeña.

Encendió la chimenea y se sentó en aquella silla antigua, lista para perderse entre los recuerdos de esa nueva historia.

## Acto II

Tras seis días de esmerado trabajo, esa sutil venda que tapaba los ojos de aquel animal casi le parecía real. Solo debía alisar levemente los extremos



para dar un poco más de profundidad y ese pequeño ciervo tumbado en la mesa podría añadirse a la gigantesca colección de Eloísa.

Justo cuando sus manos estaban totalmente manchadas por ese fango blanquecino que, en su opinión, se secaba demasiado despacio, escuchó el carrasposo y desgastado timbre sonando por doquier.

La mujer se limpió sutilmente sus manos en una bata blanca que ocultaba su ropa y, tras disfrazarse de nuevo con esa *máscara* azulada, subió las escaleras y abrió la puerta.

Se quedó inmóvil un instante, dudosa ante la inexistente presencia de alguien tras la puerta e inquietada por ese paquete que ahora yacía a sus pies.

La mujer se acercó hacia ese envoltorio colorido y con una sonrisa dulce, mientras un leve maullido escapaba de aquel trozo de cartón, leyó el mensaje que aparecía escrito en la cubierta: “Feliz cumpleaños”.

### Acto III

Eloísa abrió la puerta de su casa ansiosa por encontrar a Atticus, ese pequeño felino de piel blanca y manchas oscuras que se había convertido, en apenas días, en un acompañante cálido y tierno al que acudir.

Se quitó apresuradamente la mascarilla de su rostro y, tras lavarse las manos, olvidando completamente las bolsas esparcidas por la entrada, se dispuso a encontrar su entrañable y pequeño “bebé”.

Fue casi casualidad lograr ver el mensaje que había en el contestador y, aunque al principio dudó, la simple curiosidad hizo que el felino no fuese una prioridad durante unos segundos. Se acercó a ese trasto que apenas sabía utilizar y, tras pulsar un botón que parecía el indicado, una voz escasamente familiar empezó a hablar.

—Buenas tardes, llamamos del hospital Sant Ruiz de Nicoba... —la voz del hombre era carrasposa y grave y, tras dudar unos instantes sus palabras, empezó a hablar con un notorio agotamiento en su voz— Lamentamos informarle de que su esposo, internado en nuestras habitaciones desde hace unos meses, no ha logrado superar el *contagio*...

Esa palabra resonó por la casa durante varios minutos y, tras esta, Eloísa dejó de escuchar la voz de aquel muchacho y los ruidos empezaron a hacerse un eco sonoro y doloroso que la hizo temblar.

—Como le notificamos hace unas semanas parecía que estaba mejorando... —prosiguió el chico— Fue anoche cuando empeoró, pero no parecía lo suficientemente grave como...

—Jonah —interrumpió alguien de repente—, ha habido dos *exitus* más en la sexta planta, date prisa, Miriam nos necesita —la voz de esa mujer se sentía lejana y fría, tanto que pareció que aquel hielo se clavaba incluso en aquel muchacho.

Hubo un silencio al otro lado de la línea y entonces, antes de cortar la llamada, el chico añadió: “Lamentamos mucho su pérdida”.

Al ritmo en que todo se silenció, la mujer cayó al suelo mientras las lágrimas mojaban su rostro. Todo había sido tan rápido que apenas lo había podido asimilar o, de haberlo hecho, no sabía cómo enfrentarse a ello.

Esa sensación de calma que había sentido días atrás, al pensar que tal vez su esposo volvería a casa, se rompió y, como un jarrón de vidrio disparado por una bala, los trozos de aquel recuerdo se deshicieron en mil pedazos.

Solo lloraba, sin control, sin conciencia, mientras parecía que todo a su alrededor se derrumbaba a pasos agigantados. Entre sus llantos solo pudo divisar aquel pobre felino que la miraba dubitativo en busca de un cariño que no podía regalarle.

## Acto IV

*“I wanna be loved by you, just you... Nobody else but you... I wanna be loved by you, alone!”.*

Esa noche no tarareaba la letra de la canción como siempre solía hacer, solo la escuchaba, con los labios sellados mientras los recuerdos de aquel baile de primavera le danzaban por la mente y la acompañaban dulcemente.

Aquella era la escultura que más trabajo le estaba dando y, tras varios días, al fin parecía estar casi completa; solo debía terminar de pulir un poco aquel bigote prominente y suavizar la expresión de esos ojos y, tal vez, incluso podía volver a bailar como ese día.

Ese felino, de considerable tamaño, se movía entre los pies de la mujer ansiando cariño, un cariño que aunque llegaba constantemente no terminaba de saciarle, pero que parecía no aborrecer por más que se repitiese.

Mientras la cantante terminaba de recitar aquellas últimas palabras, Eloísa sintió de nuevo ese apenas perceptible mareo abrazándola de nuevo. No le preocupaba, pero cada vez era más constante y empezaba a entorpecer sus intentos por acabar esa magnífica y perfecta historia.

Aunque intentó retrasarlo el máximo tiempo posible, finalmente se convenció a sí misma de tumbarse en ese sillón crema, apedazado por todas partes, y el agotamiento se apoderó de ella por completo.

## **Acto V**

La tos hizo que se despertase de nuevo, pero esta vez con mucha más dificultad que en todas esas noches pasadas, y la fiebre, su acompañante desde hacía días, hizo obstáculo en su mente casi impidiéndole pensar de manera racional.

Parecía irónico la velocidad en la que todo había empeorado. Tan solo en semanas, justo a los pocos días de aparecer esos mareos repentinos, su estado físico (además de su pobre y maltratado estado emocional) había caído verdaderamente enfermo.

Esa noche era peor, apenas lograba respirar y se sentía mucho más débil que de costumbre. Fue casi algo involuntario, una acción no predeterminada... No lo hizo, simplemente no pensó, solo sintió.

Se levantó de la cama y se deslizó como una malabarista hacia las escaleras, medio derrumbándose cada dos pasos y ahogándose repentinamente cada tres segundos. Abrió esa puerta y, a pesar de que esos escalones le pe-

dían que retrocediera, ella empezó a bajarlos hasta divisar esas tenues luces apenas alumbrando.

Cayó, casi en el último escalón, y, aunque casi no podía moverse, gateó como un animal asustado hasta tumbarse entre aquellos brazos.

Era frío y distante, pero curiosamente eso la hacía sentirse más cercana a él de lo que durante meses había logrado; esa sensación era mejor a la de cualquier fotografía que pudiese acariciar, más limpia, más pura...

Él la miraba con ojos dulces, tomándola entre sus brazos, protegiéndola de todo.

Entonces, mientras la escultura de su esposo le acompañaba con dulzura, supo que pronto le volvería a ver.

De repente, justo cuando el aire la tomó por última vez, Alfonso se dibujó ante ella, bajo esos árboles primaverales, tendiéndole la mano mientras la música sonaba por doquier.

Eloísa sonrió dulcemente y cerró los ojos por última vez.

Ni siquiera cuando el baile empezaba y su cuerpo era abrazado por el de su amado logró recordar a ese pobre felino, llamándola asustado y temeroso, mientras intentaba mover su fría e inmóvil mano.

# VIOLETA

SOFÍA BUITRAGO MIRANDA

SEGUNDO PREMIO

CATEGORÍA D: ESTUDIANTES DE 3º Y 4º DE LA ENSEÑANZA SECUNDARIA  
OBLIGATORIA

“**H**ACE MUCHOS años, existía una joven de corta cabellera que coronaba con una flor violeta. Vivía sola en una casa enana. Vivía sola. Disfrutaba de la naturaleza más que de la compañía de sus semejantes. Estaba acostumbrada. A unos cuantos kilómetros de donde ella vivía, había una población sucumbida por la avaricia, el poder y la corrupción. La gente era muy desdichada y siempre padecía de hambruna. La muchacha, cuando años atrás vivía en el poblado, quería mejorar la situación de la gente con sus ideas innovadoras. Quería que la apreciaran, pero las gentes de aquel lúgubre pueblo se negaban en rotundo:

—¿Qué quieres, chiquilla, llevarnos al infierno? —decía una anciana desdentada.

—¿No tienes otra cosa mejor que hacer que molestarnos? —decía una madre, mientras que su hija se escondía detrás de su vestido hecho harapos.

—¡Ahora entiendo por qué tu padre se marchó, para no verte más! —gritaba un señor, detrás de un puesto de baratijas, cada vez que se acercaba a comentarle cómo podría hacer para tener más clientes.

—¡Bruja! —gritaban los chiquillos al verla. A veces, la tiraban cantos o la empujaban. Entonces ella se apresuraba a volver a su enano hogar.

Violeta recordaba su infancia. De niña, había vivido solo con su madre. Su padre se marchó, muy, muy lejos, en busca de una nueva vida. Le dijo que volvería, pero eso jamás ocurrió. Los años pasaron y Violeta dejó de imaginarse ver a su padre corriendo hacia ella, abrazándola y diciéndole que ya no volverían a estar separados jamás.

Ya hecha una moza, su pobre madre murió por una terrible enfermedad, dejándola sola. Al principio, Violeta lloraba, no le gustaba estar sola. Intentaba socializar, pero se sentía fuera de lugar si iba con los de su edad, así que la mayoría de días estaba en su casa. Pasaron los años y Violeta tuvo que apañárselas sola.

Un día de invierno, desde su pequeña estancia, mientras miraba el fuego pensando en sus cosas, oyó gritos. Notó como bajo sus pies el suelo temblaba. La tranquilidad de la joven fue interrumpida por unos tremendos golpes a su puerta.

—¡Sal de ahí, monstruo! —se oía desde fuera. —¡Mira lo que has hecho!

Una masa enfurecida iba a tumbar su puerta. Se le ocurrió salir por la ventana. La nieve la recibió con un frío abrazo. Ahogó un alarido por la baja temperatura, que congelaba sus pies desnudos. A pesar de eso, cruzó el pueblo con prisa. Cuando llegó a las puertas del bosque, paró. Sin embargo, el miedo la empujaba a seguir.

‘Estaré más segura... totalmente Sola’. Se dijo a sí misma. Siguió corriendo hasta los confines, guiándose por un camino iluminado por la luz de la Luna. Sin un rumbo fijo, atravesó el bosque, hasta que llegó a una colina, donde divisó una pequeña chabola. Subió y llamó a la puerta, pero parecía que ninguna persona la habitaba. Decidió, pues, quedarse a dormir.

Por la mañana despertó. Se incorporó y esperó a que el dueño la echara sentada en la cama de paja. Esperó y esperó, pero nadie apareció en el umbral de la puerta, así que decidió quedarse a vivir.

Pero sus pensamientos, la atormentaban:

‘Siempre estarás sola’. ‘¿No lo ves? ¿Nadie te quiere?’. ‘Sería mejor si estuvieras muerta’. El dolor emocional que sufría era inmenso.

Las estaciones pasaron y construyó un pequeño huerto, gracias a las semillas que encontró en un compartimento oculto.

Claro está, su ‘paz’ no duró demasiado. Ella notaba que algo malo pasaba. Los pájaros cada vez cantaban menos, veía menos liebres y ardillas y otros animales que, normalmente, admiraba desde ventana. Pronto descubrió que era por culpa de una construcción. Eran unas vías del tren inacabadas.



Entonces recordó uno de los gritos de la muchedumbre furiosa: —“¡Mira lo que has hecho!”. ¿Qué había hecho? No lo entendía. Eso no era culpa su ya. No había provocado nada de eso. Salió fuera para ver la atrocidad causada. Casi todos los árboles caídos, no se inhalaba un aire puro como el que había, y lo que más la impresionó fue el silencio por parte de la naturaleza. No se oía nada que proviniera de tan hermosa fuerza. Estaba débil, lo notaba.

Eso la llenó de un sentimiento más que no conocía. La ira. Dentro de ella se produjo una mezcla de ira, rencor y abandono. Se le nubló la vista, harta de tanta destrucción. Ya no actuaba con bondad. Ahora lo que corría por sus venas era el furor y cólera. Bajó precipitadamente y se acercó con paso decidido.

—¡No tenéis derecho a destruir mi hogar! —sentenció con tal potencia que hizo parar a todos los obreros. Ellos enmudecieron, solo su jefe habló. —¿Qué quieres niña? ¿Crees que tú, una niñata, sin apenas nada, va a detenernos? —dijo el jefe mofándose de ella. —¿Por cierto, esa es tu casucha, verdad? Nos estorba, te doy un día para que te marches de allí y no nos molestes más, la próxima vez no seré tan bondadoso, chica. Antes de que Violeta pudiera contestar otra persona habló. —¿Oye, Dan, esta no es la chica que causaba problemas? —le dijo, acercándose a su superior. —Si, hombre, la muchacha, que hizo que el alcalde aprobara las obras.

Tras acabar, él se giró hacia la chica y con cinismo, la sonrió. —Te estamos muy agradecidos, gracias a ti he conseguido una gran suma de dinero. Se dio la vuelta y, con un gesto, ordenó que las obras continuaran. Cuando el hombre fue a coger su hacha notó un dolor punzante en la espalda. Se giró, pero la chica se había ido corriendo. Le había tirado un pedrusco. Eso provocó una cuantas burlas por parte de sus compañeros.

‘Esto no se iba a acabar aquí’, pensó mirando como se alejaba Violeta. La joven corrió y corrió hasta llegar otra vez a su hogar.

Horas después, cuando anocheció, el capataz, dispuesto a vengarse, entró en la casa de la chica, armado con un hacha. ‘Nadie puede dejarme en ridículo y salir impune’.

Se acercó a la cama donde dormía plácidamente, alzó el hacha y acabó con la vida de la dulce y atormentada chica. Poco después, sus hombres se llevaron el cadáver y lo tiraron por el acantilado.

Cuando amaneció, los hombres, dispuestos a derribar la casa, vieron cómo brillaba en el interior de la choza. Los trabajadores, sorprendidos, se frenaron en seco.

Alguno que otro se asustó y salió corriendo.

De la chimenea salió una enredadera de un verde muy intenso que creció con facilidad. Cogió a todos los trabajadores, al principio uno por uno, y los ahogaba y estrangulaba. Los demás empezaron a correr, despavoridos, pero la planta trepadora no los dejó escapar y, sin muchas dificultades, acabó con sus vidas.

No se salvó ninguno. Después de aquello, la gente de pueblos lejanos decía que ese bosque estaba maldito.

Mientras tanto, empezaron a salir brotes de la tierra desierta que con el paso del tiempo se convirtieron en hermosos árboles, creando otra vez vida. La casa permaneció intacta y la chica convertida en planta hacía que nadie se acercara.

Pero lo que no sabían es que, después de acabar con las vidas de los varones, volvió a su estado original, de humana. Renació. Su ropa se había transformado en un vestido y su pelo se alargó.

Poco a poco, fue descubriendo su poder. Podía conectar con los animales. Y ellos la entendían. Se descubrió a sí misma. Descubrió el lado de la soledad más bonito.

Y justo en ese momento, un pensamiento inundó su ser: ‘Jamás he estado sola, solo ciega. He vivido una mentira. Porque el amor propio solo te lo puedes dar tú’.

Fin”.

La profesora terminó la historia y cerró el libro.

Violeta aprendió una valiosa lección: —Niños, recordad, la soledad nos aterra a los humanos, pero hay que aceptarla y saber que en ciertos momentos, nos encontraremos solos. ¿Me he explicado?

—¡Sí, señorita! —respondieron los niños al unísono. Justo en ese instante sonó el timbre que anunciaba la hora del recreo para los niños. Todos salieron para disfrutar de la hermosa primavera. La profesora se quedó en la clase, mirando por la ventana. Vio que había todo tipo de flores: Dientes de León, Amapolas, Narcisos y Violetas.

Fue entonces, cuando el libro, que descansaba en el escritorio, se abrió repentinamente, pero por un niño curioso:

—¿Ey, qué haces, Jaime? —y se dirigió rápidamente a cerrar el libro para que el chiquillo no lo leyera. —¿Por qué no estás con tus compañeros?

—Umm, es que creen que soy raro...

—¿Sí? —Ella, ocultó su mano detrás de la espalda y, por arte de magia, hizo crecer una flor en la palma de su mano y se la dio.

—¿Qué voy a hacer yo con una Violeta? —preguntó.

—Dásela a alguien —le respondió esta.

—¡Vale, gracias! —Y cuando Jaime estaba a punto de salir por la puerta, paró y se giró. —Otra cosa, cómo has conseguido la flor, porque creo que no tenías ninguna... Se quedó patidifuso. Su profesora se había esfumado. Era imposible. ¿O no...?

¿Fin?



# EL ORIGEN DE UN MONSTRUO

DESIRÉE ROBREDO LUENGO

ACCÉSIT

CATEGORÍA D: ESTUDIANTES DE 3º Y 4º DE LA ENSEÑANZA SECUNDARIA  
OBLIGATORIA

**D**ESDE HACÍA mucho tiempo no me sentía a gusto, algo en mí no acababa de encajar. Aunque mi interior estaba lleno de órganos, huesos y músculos me sentía muy vacía ¿Y cómo llenar ese espacio hueco? Pensé en varias alternativas y, por casualidad, me vino a la mente aferrarme a alguien o algo que verdaderamente apreciara. Qué tormento fue hacerlo con las historias fantásticas, ya que, en lo más profundo de mi mente, sabía que nunca tendría la ocasión de experimentar todas esas historias que tanto anhelaba.

Era ya la tercera vez que miraba de arriba hacia abajo la estantería de madera, la cual contenía una gran variedad de libros con géneros muy radicales entre sí. Estaba en mi exhaustiva búsqueda de leer alguna cosa nueva, pero por más que indagaba no lograba encontrar nada. Decidí dejarlo estar. Me acosté en la cama y me creé mi propio relato en el cual yo era la protagonista.

Mi cabello largo danzaba por el viento haciendo un espectáculo visual que llegaba a hipnotizar a cualquiera que lo viese. Con pisadas fuertes contra el suelo iba decidida hacia mi objetivo: salvar al príncipe. Desenvainé la espada de metal que llevaba atada a un cinturón y la elevé hacia el cielo, mientras soltaba un grito que proclamaba la guerra entre la bestia y yo. El escudero a mi lado me pasó mi escudo de acero reforzado, el cual era un tanto incómodo por el peso, pero yo era fuerte y con facilidad lo sujetaba. Firme ante la situación, me puse a analizar rápidamente todas las alternativas para rescatar al heredero de la corona de las zarpas de la alimaña

monstruosa de gran tamaño. Ágilmente fui apuñalándolo, estratégicamente, por las patas hasta llegar a insertar varias veces la espada en sus pezuñas haciendo que el susodicho aullase de dolor, mientras hacía temblar el suelo por los constante vaivenes de sus extremidades impactando duramente contra la superficie. Perdí el equilibrio y caí de espaldas en el compacto suelo. ¡Qué suerte la mía! La bestia tomó ventaja de mi indefensa posición y levantando la pata iba a aplastarme con la suela de su pie como si de un insecto se tratase. Veloz pensamiento el mío que le mandó la indicación a mi brazo para poner la afilada arma completamente en vertical. Escuché a la perfección el sonido de mi espada entrando por la suela del animal. Se me iba formando una sonrisa de satisfacción al oír cómo chillaba infernalmente mientras cojeaba, alzando el miembro lastimado en el cual estaba aún insertada la hoja de metal. Aproveché la discapacidad del contrincante y me adentré en la cueva palpando entre la oscuridad las paredes rocosas y guiando mi camino gracias a ellas. Llegué hasta un lugar iluminado por antorchas y, allí sentado, se encontraba el príncipe llorando a hipidos.

—Mi bello príncipe, no llore, no llore, no le sienta bien una expresión tan triste en un rostro tan hermoso como el suyo.

Le cogí de la mano guiándole entre el lugar sombrío. Maldita la vez que tuve que toparme con este ser que, persistente en retener al chico, se encontraba en la salida. ¿Qué iba a hacer yo ahora? Aún conservaba el escudo conmigo, pero poco podía hacer. Fugaz fue la idea que se pasó por mi mente. Solté la mano del muchacho y desenganché mi protección circular que iba a salvarme de esa situación tan complicada. Coloqué en forma horizontal el escudo, procurando no clavarme los pinchos que desordenadamente estaban distribuidos por la parte exterior, y cogiéndolo con las dos manos incliné mi cuerpo ligeramente hacia la izquierda tomando impulso para lanzarlo como un disco. Impactó de lleno en el único ojo que poseía y una masa negra comenzó a brotar de él. Volvieron a inundarme por tercera vez sus gritos. Ajeno a ellos, corrí junto al príncipe alejándonos de su secuestrador y dirigiéndonos sin vacilaciones hacia mi escudero, el cual sujetaba la correa de mi caballo. Subimos en él y los tres nos alejamos del monstruo hacia el palacio real, sin preocupaciones de que volviese a por



el futuro monarca, este no tendría posibilidad de ver el camino, su reventado ojo de ninguna manera podría volver a ver de nuevo. Alabada por el pueblo y por el rey recibí una insignia de oro a la valentía y a la protección del pueblo. Querida y respetada por toda la población, me alejé triunfante por mi hazaña y seguí explorando el mundo en busca de nuevos desafíos.

Bonita la historia, pero triste la realidad en la que me encontraba. Yo no era valiente, ni fuerte y aún menos segura de mí misma, éramos completamente polos opuestos, aun así el personaje de la historia y yo teníamos una similitud: nos enfrentamos solas contra el enemigo.

Cerré los ojos y reflexioné. Ojalá pudiera ser uno de esos protagonistas de los libros, con vidas interesantes. Qué aburrida era mi vida, rodeada de lo que interiormente más me destruía, el deseo de vivir emociones excitantes aferrándome a la lectura, apuñalando consecutivamente el corazón al final de las historias.

Pero no todas siempre son así y, como ejemplo de una, tengo la mía, mi vida:

Mi cabello largo era recogido por una coleta como cadenas de hierro a un prisionero privándole de su libertad. Con pisadas silenciosas contra el suelo iba lo más despacio posible, insegura de si realizar mi objetivo o dar marcha atrás. Dejé caer la mochila de mi espalda y la posicioné a un lado de mi habitación haciendo el mínimo ruido posible. Mi hermano menor, que se encontraba a mi lado, me pasó un par de cojines blancos, los cuales eran suaves y duros y, seguidamente, me los introduje debajo de mi ropa cubriendo en su mayoría mi pecho y barriga y, por la parte de atrás, mis hombros y espalda. Miedosa ante la situación me puse a analizar rápidamente todas las alternativas para intentar manejar de la forma más pacífica la situación e intentar rescatar a mi madre de las zarpas de la alimaña monstruosa. Despacio me acerqué hasta el comedor y abrí la puerta. Ágilmente fui rodeando los objetos tirados por el suelo hasta llegar hacia el sofá, donde se encontraba mi padre tirado. Recogí las botellas de alcohol que estaban a su lado haciéndolas chocar sin querer, habiendo ocasionado que el sonido del impacto resonara por toda la sala y que provocara que el sujeto frente a mí abriese los ojos. Me eché para atrás por el susto y resbalé

con algún objeto del suelo perdiendo el equilibrio y cayendo de espaldas en el compacto suelo. ¡Qué suerte la mía! La bestia tenía el control en ese momento y tomó ventaja de mi indefensa posición, se levantó de su asiento y alzando la pierna iba a aplastarme con la planta de su pie como si de un insecto se tratase. Veloz pensamiento el mío que le mandó la indicación a mi brazo para poner una de las botellas de vidrio en vertical. Escuché a la perfección el sonido del recipiente aplastado en añicos entrando por la parte inferior del pie de mi progenitor. Se me iba formando una expresión de terror al oír como chillaba infernalmente, mientras cojeaba alzando el miembro lastimado en el cual aún estaban insertados trozos de cristal. Aproveché la discapacidad del contrincante y me adentré en el sótano palpando entre la oscuridad las paredes enladrilladas guiando mi camino gracias a ellas. Llegué hasta un lugar iluminado por una bombilla y, allí sentada, se encontraba mi madre sollozando.

—Mi bella madre, no llores, no llores, no te sienta bien una expresión tan triste en un rostro tan hermoso como el tuyo.

Le cogí de la mano guiándola entre el lugar sombrío. Maldita la vez que tuve que toparme con este ser que, persistente en retener a mi madre, se encontraba en la salida. ¿Qué iba a hacer yo ahora? No tenía nada con qué defenderme. Fugaz fue la idea que se pasó por mi mente. Solté la mano de mi madre y me saqué una de los cojines que iba a salvarme de esa situación tan complicada. Lo coloqué en forma horizontal procurando cogerlo fuertemente por los extremos y comencé a inclinar mi cuerpo ligeramente hacia la izquierda tomando impulso para lanzárselo. Impactó de lleno en toda su cara ocasionando que por el estado de ebriedad que llevaba se cayera y quedara en el suelo desorientado.

Pasamos rápidamente por un lado y pronto volvieron a inundarme otra vez sus gritos. Ajeno a ellos, corrí junto a mi madre alejándonos de su maltratador, dirigiéndonos sin vacilaciones hacia mi hermano, el cual nos estaba esperando en la puerta de salida de casa con las llaves de nuestro coche. Subimos a él y los tres nos alejamos del monstruo hacia la estación de policía, aún con angustia en mi interior por lo ocurrido. Alabada por el tribunal y el juez recibí palabras que siempre había deseado oír: no tendrían-

mos que sufrir nunca más. Querida y respetada por mi familia, me alejé aún insegura por mi hazaña y seguí adelante encontrando la tranquilidad que anhelaba desde tiempo atrás.

Triste la realidad, pero bonito el desenlace. Soy indecisa, miedosa y cobarde, me vi obligada a enfrentar la situación no porque yo lo quisiese, sino porque fui forzada a hacer algo que desde un principio no tenía que haber pasado si mi padre no hubiese sido dependiente del alcohol.

La realidad supera a la ficción. Entendí esa frase recordando los años de sufrimiento, aislamiento y tortura. Mi batalla por sobrevivir duró una gran parte importante de mi vida, pero finalmente acabó de la mejor manera posible.

A pesar de los años, sigo prefiriendo la primera historia, aunque la gente cercana que me rodea me dice que realmente fui protagonista de un libro de terror, me inclino más por la aventura y la fantasía. Después de la tempestad, viene la calma y no podéis imaginaros cómo la estaba disfrutando.



## COMENTARIOS DEL JURADO

### VI Concurso de Relatos Cortos (2021)

#### **Acta de Resolución de los premios del VI Concurso de Relatos Cortos. Lleida, 13 de abril de 2021**

CATEGORÍA A: ESTUDIANTES DE GRADO DE LA FACULTAD DE LETRAS

#### **Primer premio:**

Relato titulado “**Hogar**” (Borges). Autora: **Alin Blanco Vandebroek**. Estudiante de 2.º curso del Grado en Comunicación y Periodismo Audiovisuales.

Este relato sobresale por construir la experiencia de soledad del personaje principal en el contexto de la actual pandemia, a través de una narración en primera persona que nos acerca a las contradicciones de una intimidad en la que entran en conflicto el recuerdo de la cotidianidad en pareja y el logro profesional de cada una de sus partes. Asimismo, este relato consigue diseñar un personaje complejo mediante una cuidadosa escritura y la precisión en los detalles tanto físicos como psicológicos del personaje principal; estas herramientas no solo captan la atención del/a lector/a, sino que además continúan la tensión narrativa de una experiencia anónima que, en su complejidad y cotidianidad, se hace extensiva a la de muchas personas y problematiza el significado del hogar, los afectos, las dificultades laborales y la familia en la sociedad contemporánea.

### **Segundo premio:**

Relato titulado “**La Alondra (Trino de un confinamiento)**” (Perico Palotes). Autor: **Francesc Masnou Salat**. Estudiante de 2.º curso del Grado en Filología Hispánica.

Este relato destaca por elaborar una reflexión en torno a la libertad y el paso del tiempo mediante la voz narrativa de un personaje femenino de mediana edad, cuya soledad presente y los recuerdos y experiencias personales se intercalan armoniosamente con sus comentarios sobre la espera, el amor, la juventud y la infancia, las diferencias entre el campo y la ciudad, y el reconocimiento de la naturaleza como potencia de vida. Todo lo anterior se complementa con el acertado uso de alusiones culturales que contribuyen con la referencialidad de los acontecimientos narrados.

CATEGORÍA C: ESTUDIANTES DE 1º Y 2º DE BACHILLERATO Y CICLOS FORMATIVOS

### **Primer premio:**

Relato titulado “**Ser y desaparecer**” (Flores Silvestres). Autora: **Naima Ponte Sagués**. Estudiante de 1.º de bachillerato del IES Joan Brudieu (Seu d’Urgell).

En este texto, el desdoblamiento del personaje en coma en el hospital, cuya vida es narrada y recordada por su espíritu, se convierte en un motivo literario que permite abordar el tema de la soledad en el contexto de la enfermedad y de las relaciones familiares. Este relato sobresale no solo por la madurez de su planteamiento, sino también por la ingeniosidad de su propuesta y la destreza en el manejo de la tensión narrativa desde el inicio del mismo, así como por la habilidad para conseguir proyectar la distancia para conseguir un ejercicio de reflexión desde la perspectiva del alma que abandona el cuerpo enfermo.

### **Segundo premio:**

Relato titulado “**Una carta para ti**” (Mía). Autora: **Maria Alsina Villa**. Estudiante de 2.º de bachillerato del Institut Els Planells (Artesa de Segre).

La emotiva despedida de una nieta a su abuelo fallecido es el núcleo del argumento de este relato en el que el registro epistolar es el marco para no solo explorar las experiencias de crecimiento y aprendizaje de la narradora, sino además para construir una

honda reflexión sobre la soledad, el olvido y la familia. Además de por el cuidado de la escritura y la madurez de la prosa, este texto destaca por la cadencia de la narración y la coherencia en la composición de un relato que refuerza el valor intelectual y reflexivo de la intimidad epistolar como motivo y medio de creación artísticos.

CATEGORÍA D: ESTUDIANTES DE 3º Y 4º DE LA ENSEÑANZA SECUNDARIA OBLIGATORIA

**Primer premio:**

**Relato titulado “El museo de la soledad”** (Rea Byrne). Autora: **Laia Pont Puiggené**. Estudiante de 4.º de ESO del Institut La Serra de Mollerussa.

A partir de una división en ‘Actos’ que recuerda a una breve pieza teatral, este relato hace de la soledad el contexto en el que se producen las acciones de su protagonista, Eloísa, una mujer que mientras espera en casa la recuperación de Alfonso, su marido contagiado e internado en el hospital, consigue distraerse con la creación de piezas de cerámicas, entre las cuales se encontraba una escultura de su marido tan perfecta que logra reconocer en ella el rostro de su marido mientras ella también muere como consecuencia del virus. Este cuento, en el que la solitaria cotidianidad de Eloísa es acompañada por sus creaciones y su gato, Atticus, se enmarca en el contexto de la actual pandemia, pero lo hace mediante referencias sutiles como las ‘máscaras azules’, la distancia de seguridad en el metro, la crítica a la falta de cumplimiento de las restricciones por parte de la sociedad, las trágicas llamadas del hospital para informar del deceso de su marido o, incluso, los síntomas de la enfermedad que la llevará a la muerte. Este logrado uso de referentes y la omisión expresa de la enfermedad permite, sin embargo, que estas sean marcas de cualquier enfermedad cuya secuela más evidente es la soledad y el deterioro de los familiares. Finalmente, es importante destacar el carácter metafórico de la creación presente en el relato, aun a pesar de producirse en un contexto de enfermedad y muerte, gracias a la capacidad de Eloísa de crear figuras y retratos que, como el relato mismo, dan vida más allá de la muerte. Todos estos elementos junto con la cadencia de la narración y el uso sostenido de la tensión narrativa nos hacen acompañar a Elisa en sus movimientos y en sus pensamientos hasta seguir incluso

los pasos finales que la llevarán a reunirse con su marido y a escuchar los maullidos del gato en su triste y solitaria espera final.

### **Segundo premio:**

Relato titulado **“Violeta”** (The BirdPen). Autora: **Sofía Buitrago Miranda**. Estudiante de 4.º de ESO del IES Alcarràs.

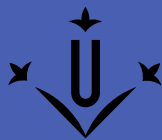
Esta historia se construye a partir de un relato que es contado por una profesora a sus jóvenes estudiantes para que comprendan el significado de la soledad mediante las acciones de su protagonista, Violeta, una joven rechazada por todos en su pueblo por sus ideas innovadoras, que acaba viviendo sola en un bosque y descubriendo su poder de regeneración mediante el contacto con los animales y la naturaleza. Además de por la destreza técnica, este cuento de toques fantásticos destaca por la orientación positiva desde la cual proyecta la experiencia de la soledad, la independencia y la autonomía de su protagonista, así como el sentido ecologista de su temática. Asimismo, este relato hace un excelente uso de los signos de puntuación para enfatizar los fragmentos y los diálogos del cuento narrado por la profesora, con lo que demuestra un consciente y acertado manejo de la estructura y los recursos narrativos.

### **Accésit:**

Relato titulado: **“El origen de un monstruo”** (Lorode). Autora: **Desirée Robredo Luengo**. Estudiante de 4.º de ESO del Institut Terres de Ponent (Mollerusa).

El jurado ha decidido otorgar esta mención especial a este relato por la capacidad de escritura de su autora, así como por la valentía y la lucidez de la historia que recoge las terribles experiencias de maltrato de una joven y su familia por parte de su padre alcohólico. Este relato nos ofrece dos historias de las cuales la soledad de la joven narradora se erige como motivo y argumento: una que representa la violencia familiar, otra que, en medio de acontecimientos fantásticos, enfatiza el potencial de la lectura y de la ficción narrativa como experiencias de creación y empoderamiento de las jóvenes. Aunque se trata de un relato que necesita madurar, como su jovencísima autora, y enmendar pequeños errores estructurales presentes sobre todo al final del mismo, el jurado ha valorado el potencial creativo de su autora y espera que este reconocimiento pueda ser un estímulo para la continuidad en una escritura que se augura a todas luces fructífera.





**Universitat de Lleida**  
Departament de Filologia  
Clàssica, Francesa i Hispànica